



# Una noche CUALQUIERA



**LUISA ELENA ESTRADA ESPINOSA**

**E**ran las 11 de la noche. Había sido un lunes tranquilo en comparación a la semana anterior. Uno de los tantos noticieros televisivos sensacionalistas había tenido material suficiente sobre la lucha encarnecida que mantenían las pandillas del barrio.

Los periodistas llegaban, hacían un par de tomas, entrevistaban a una que otra ama de casa impactada por el cadáver en la acera, mientras los chigüines de los vecinos saltaban y se empujaban entre ellos detrás de las cámaras.

Después de grabar el discursito preparado al lado del cuerpo condenando los asesinatos, el periodista y el camarógrafo subían al carro envuelto en propaganda del canal y se marchaban sin voltear a ver a nadie.



El puente que conectaba los extremos del cauce con el resto de la ciudad era el sitio preferido de *los Cholos*. Llegaban a partir de las seis de la tarde a fumar piedra y aterrorizar a la gente que circulaba por el pequeño puente.

Ya a esta hora, los únicos que se encontraban sentados eran *el Vinagre*, *el Culebra* y *el Negro*.

—Qué onda caballo, a qué hora te aparecés...

—dice *el Vinagre* apagando el cigarrillo.

—Andaba dejando a la jaña ¡no estés jodiendo! —responde irritado *Carecrimen*.

—¡Es valiente este *Carecrimen* para contestarle así al vinagre! —se ríe *el Culebra* —¡y más por ser el nobel...

*El Culebra* escupe a la orilla del cauce y el movimiento alborota a los zancudos escondidos en los cerros de basura.

—Vámonos al Christian, allá esta la Ramona con la Juana y la Francela —propone *el Negro*, mientras se aparta un mechón de pelo de la cara.

—De plano que ya hace falta un par de bichas —contesta entusiasmado *el Culebra*.

—Al chile negro, al fin dijiste algo tuani... —aprueba *el Vinagre*.

Las rencillas habían crecido en los últimas semanas. Varios de los chavalos de ambas pandillas habían sido baleados cuando comprando en la venta, romanceando en la esquina o sentados afuera de las casas.

Pero en los últimos días algo había puesto la balanza a favor de *los Sabaneros*, parecía como si supieran cada uno de los movimientos de *los Cholos*, y hasta cuándo cada una de sus víctimas iba a estar sola. *Vinagre* estaba preocupado, sabía que de algún lado se estaba filtrando la información, y eso simplemente lo enfurecía, pero las sospechas comenzaron a crecer en bajo perfil, no quería asustar al sapo.

—Si está lleno nos vamos a la Punta de Plancha —sentencia *el Vinagre* revisándose los bolsillos para sentir la pistola escondida en un pañuelo.

—Vámonos pué, ni que nos estuviéramos muriendo por ver a las jañas, tal vez agarramos un culito en el otro bar —dijo seguro *el Culebra* acomodándose el pantalón.

*Carecrimen* se veía inquieto. Hacía poco tiempo que había visto pasar a *los Sabaneros* y eso lo tenía intranquilo. Nadie se podía enterar de que él era el soplón.

—Y entonces... ¿a qué hora chatel?... ¿y esa cara de acalambrado? —le dice *el Negro*, sin apartarle la vista.

—Maje, hoy paso, ya me voy para mi chante, tengo que ir a ver a la roca —anuncia *Carecrimen* con claras intenciones de largarse del lugar.

—¡Vos *Vinagre!* yo sé lo que le pasa a este vaciado. Hace un rato pasaron a pincel *los Saba-*



*neros* ¿Te acordás de lo que te dije? —afirma *el Negro*, sacándose el puñal para limpiarse las uñas e intimidar a *Carecrimen*.

—Cuidadito te nos volteaste, mirá que *el Negro* chotea todo... —*El Vinagre* comenzaba a sentir la adrenalina fluir por las venas.

El recién nacido de la señora que vive frente al cauce no paraba de llorar. Las luminarias parecían islas a la orilla de las calles. El grupo revisaba con la mirada entre la oscuridad las aceras y las puertas de las casas. Desde el puente se veían sin obstáculos las principales calles de esa parte del barrio. Los pocos carros que circulaban lo hacían veloces, evadiendo los baches que semejaban cráteres en todo lo ancho del pavimento.

—¡Vos andas arriba de los palos, ahora que

ando de pofis con ellos...! —responde *Carecrimen* impacientándose.

—¿Y porque te chiveás? ...Aquí algo me huele raro... —susurra con una sonrisa en la boca *el Vinagre*, mientras saca lentamente la pistola del bolsillo.

Comenzaron a rodear a *Carecrimen* en silencio. *El Culebra* ya tenían el arma hechiza en la mano. Había sido su acompañante y mejor aliada desde que comenzó en el mundo de las pandillas, a la edad de trece años.

—Mira perro ¡la cagaste!... —grita claramente enfadado *el Vinagre*.

—¿Y qué es la verga? si yo no he hecho nada —responde visiblemente asustado *Carecrimen*.

—¿Y qué, me crees jilberto?

—¡Oe, *vinagre*, no le andés creyendo cuentos al negro!...

El muchacho asustado cae sentado en la acera. *Vinagre* se sienta y saca un cigarrillo. *El negro* y *El culebra* toman por los brazos a *Carecrimen* que ya comenzaba a llorar.

—Ahora te vas a quedar cagando en bolsa... —le susurra al oído con placer *el Culebra*.

—¡No, nooo! Maje, me iban a chusear, tenía que decirles algo... —suplica llorando *Carecrimen*.

*El Negro* y *El culebra* solo esperaban una señal. *Vinagre*, apagando el cigarrillo, asintió suavemente.

¡Bum! El disparo hizo retumbar la noche a varias cuadras de distancia. La señora aprieta al niño contra su pecho y le introduce la chicha en la boca para callarlo. Los ladridos de los perros alertados por la explosión terminaron por espantarme el sueño. Los ojos me giraban como chibolas, pero el bochinche de los pandilleros afuera, me convenció de que la noche iba a ser larga.

Las caras no se pierden; *Vinagre*, *el Negro* y *el Culebra*, pero después del noticiero de la mañana, supe que ya no veríamos más a *Carecrimen*... ■